

Chapter 4 / Capítulo 4

Teachers under evaluation: the imaginaries of power and fear in Colombian education (Spanish version)
ISBN: 978-9915-9680-4-9
DOI: 10.62486/978-9915-9680-4-9.ch04

©2025 The authors. This is an open access article distributed under the terms of the Creative Commons Attribution (CC BY) 4.0 License.

Hope and resilience / La esperanza y la resistencia

“No hay cambio sin sueño, como no hay sueño sin esperanza.”

— Paulo Freire

El aire de la plaza tiene olor a papel mojado y a café recalentado. Los maestros están reunidos, algunos con pancartas que el viento levanta como alas improvisadas. Es una jornada de paro, pero también de encuentro: aquí se conversa, se canta, se reconocen las caras que el aula separa. En medio del bullicio, alguien toma el megáfono y dice: “No estamos protestando solo por el salario, sino por la dignidad de enseñar.” La frase vibra entre los muros como un eco antiguo.

Esa escena —repetida tantas veces en ciudades grandes y municipios pequeños— es un acto de resistencia pedagógica. No solo porque desafía una política o reclama derechos, sino porque afirma una verdad profunda: la esperanza también es un método (Freire, 1997).

Resistir, en el mundo de la educación, no es solo oponerse: es seguir enseñando con sentido cuando todo empuja al olvido, es crear comunidad donde el miedo siembra competencia, es recordar que el conocimiento es un territorio compartido.

La esperanza como acto pedagógico y político

El maestro llega temprano. El frío del amanecer aún se aferra al patio y el eco de los pasos resuena entre murales descascarados. En el aula, antes de encender el tablero, mira los pupitres vacíos y sonríe. Tal vez es un gesto simple, pero en ese gesto está toda la política posible: la decisión de seguir creyendo.

La esperanza, en el magisterio, no es ingenuidad; es método. Freire (1997) insistía en que “*la esperanza es una necesidad ontológica*”: no es esperar que algo ocurra, sino comprometerse para hacerlo posible. El docente que abre el aula cada mañana, sabiendo que el sistema lo agobia, encarna una esperanza activa: la del que resiste desde el acto mismo de enseñar.

En un contexto donde el discurso de la “calidad” tiende a neutralizar el alma pedagógica, la esperanza se vuelve contracultura. El Decreto 1278 (MEN, 2002) prometió meritocracia y profesionalización, pero trajo consigo miedo y competencia. Ante ello, la esperanza se erige como un contradispositivo: una forma de pensar y actuar que no niega el dolor, pero lo transforma en energía de sentido.

Sarmiento Pinzón (2021) afirma que la esperanza del maestro colombiano es, ante todo, “*una práctica ética de permanencia*”: permanecer sin rendirse, permanecer como acto de resistencia frente al desaliento, permanecer para recordar a la sociedad que educar no es producir, sino hacer humanidad.

Resistir desde el aula: pedagogías del cuidado y la dignidad

Hay resistencias que no se anuncian con pancartas, sino con gestos. Una maestra que decide escuchar antes de sancionar. Un profesor que convierte una clase fría en conversación viva. Un rector que abre espacio para el diálogo cuando todo presiona por los resultados. Esas pequeñas

acciones sostienen la escuela más que cualquier decreto.

Foucault (1975/2008) enseñó que donde hay poder, hay resistencia. No una resistencia grandilocuente, sino microresistencias que se filtran por las grietas de lo cotidiano. En el aula, esa resistencia adopta la forma del cuidado: cuidar al otro, cuidar el sentido, cuidar la palabra. Cuidar, en un sistema que promueve la competencia, es un acto profundamente político.

Bourdieu (1994) habría aquí del *habitus de resistencia*: una disposición que se aprende en la práctica, que convierte el trabajo docente en campo de lucha simbólica. Cada vez que un maestro rehúsa reducir su trabajo a la rúbrica, cada vez que protege la relación pedagógica por encima del protocolo, reconfigura el campo educativo.

En esa línea, Covarrubias y Brito (2007) señalaron que el compromiso social del maestro latinoamericano radica precisamente en su capacidad de dignificar el oficio desde dentro, sin dejarse devorar por la maquinaria del control. Resistir no siempre es gritar: a veces es seguir enseñando con amor cuando el entorno exige frialdad.

Y, sin embargo, resistir cansa. La esperanza es combustible, pero no infinita. Por eso, como recuerda Román-Acosta (2024), la fragilidad de los vínculos en la modernidad líquida nos obliga a reconstruir comunidad una y otra vez. La resistencia, sin comunidad, se desgasta; con comunidad, florece.

El magisterio colombiano y la resistencia colectiva: del miedo a la organización

En cada paro, en cada marcha, en cada reunión sindical, la voz del magisterio colombiano ha hecho del dolor una herramienta de dignidad. Las calles llenas de guardapolvos, las pancartas improvisadas, los cantos de protesta son también una forma de pedagogía: una pedagogía pública que enseña ciudadanía, justicia y memoria.

Bautista (2009) documentó cómo el Decreto 1278, al fragmentar la carrera, generó divisiones internas entre docentes antiguos y nuevos. Pero esa fragmentación, aunque dolorosa, también provocó conciencia: la comprensión de que solo la organización colectiva puede contrarrestar la precarización. En ese sentido, la resistencia no es solo un acto de defensa laboral, sino un ejercicio político de reconstitución del sujeto docente.

Freire (1997) advirtió que la libertad no se recibe, se conquista. Y se conquista colectivamente. Los sindicatos, tan vilipendiados en el discurso neoliberal, han sido en Colombia espacios de construcción de sentido. FECODE, por ejemplo, no solo negocia salarios: produce discurso, memoria, identidad. Las asambleas, más allá del reclamo, son laboratorios de pensamiento pedagógico.

Tenorio (2014) subraya que la política educativa contemporánea busca “modernizar” la docencia, pero rara vez incluye a los maestros en la discusión. La resistencia colectiva rompe ese silencio estructural. Cuando el maestro habla –desde la calle o desde el aula–, reconfigura el poder: pasa de objeto de política a sujeto político.

Como diría Castoriadis (1987), resistir es instituir lo nuevo. No basta con oponerse; hay que imaginar otras formas de ser docente, otras formas de comunidad. En ese horizonte, la esperanza no es espera: es invención.

La utopía como práctica cotidiana: Freire, Castoriadis y la creación del sentido

En la educación, las utopías no se gritan: se enseñan. Se enseñan cuando un maestro confía en un estudiante que todos daban por perdido. Se enseñan cuando se improvisa una clase sin recursos, pero con pasión. Se enseñan cuando se cuida la palabra en medio del ruido.

Freire (1997) afirmaba que la utopía no es una ilusión, sino una dirección. La esperanza pedagógica no consiste en negar la dificultad, sino en apostar por lo posible. *“La esperanza no es esperar, sino marchar con el otro para hacer posible lo imposible.”* En ese caminar compartido, el maestro se vuelve sembrador de futuro.

Castoriadis (1987) complementa esta visión al plantear que toda sociedad —y toda institución— necesita imaginarios instituyentes, significaciones nuevas que rompan el orden dado. En el magisterio, ese imaginario puede ser tan sencillo como redefinir lo que entendemos por éxito: no la nota, sino la transformación. No la competencia, sino la cooperación. No la obediencia, sino la conciencia.

En esa clave, la utopía deja de ser un horizonte inalcanzable y se vuelve práctica diaria. Enseñar es, de por sí, un acto de fe en el mañana: nadie educa sin creer que el mundo puede ser distinto. Y esa creencia, en un contexto donde el desencanto es norma, es una forma radical de resistencia.

Popkewitz (1994) señalaba que las reformas educativas imponen modelos de sujeto; pero los maestros, con su creatividad y sus desvíos, los reescriben. Cada improvisación, cada ajuste, cada gesto de libertad en el aula es una pequeña revolución semántica. Así se mantiene viva la utopía: en el margen, en lo cotidiano, en lo que escapa a la norma.

Entre la evaluación y la esperanza: el derecho a imaginar otra escuela

La evaluación sigue siendo el territorio donde se juega la tensión entre control y libertad. Tamayo (2010) lo expuso con claridad: en Colombia, la evaluación docente se configuró como un instrumento de poder, más que como un medio de mejora. Pero aun allí, entre formularios y escalafones, los maestros han encontrado grietas.

La autoformación colectiva, los círculos de estudio, los proyectos pedagógicos alternativos y las redes de maestros son expresiones de esa grieta luminosa. Bautista (2009) lo llamaba *“la pedagogía de la esperanza organizada”*: espacios donde el maestro se reapropia del saber y del derecho a pensarse más allá de la norma.

Vygotsky (1978) nos recordaría que el aprendizaje es social, que nadie crece solo. La evaluación del maestro debería reconocer esa verdad: que la docencia no es acto individual, sino obra de comunidad. Pero mientras el sistema no cambie, los maestros lo reinventan desde dentro. Cada vez que un grupo se acompaña para preparar juntos la prueba, cada vez que un colega explica al otro lo que aprendió, la evaluación deja de ser amenaza y se vuelve herramienta de solidaridad.

Esa solidaridad es la base de la esperanza. Como señala Mejía (2011), *“la resistencia no se mide por el grito, sino por la persistencia de la ternura.”* Y la ternura pedagógica —esa disposición a creer en el otro a pesar de todo— es el núcleo ético que sostiene a la escuela cuando todo lo demás falla.

Sembrar mientras enseñamos

Cuando cae la tarde, el maestro recoge sus papeles y mira los pupitres vacíos. Sabe que mañana todo será igual y, sin embargo, distinto: volverán las mismas preguntas, pero con rostros nuevos.

En ese ciclo hay algo profundamente político: la capacidad de empezar una y otra vez, de sembrar sin ver la cosecha.

La esperanza no está en los decretos ni en los programas; está en el aula viva, en la conversación, en la palabra compartida. Resistir, en este tiempo, es seguir enseñando con sentido cuando todo empuja a desistir.

Freire (1997) tenía razón: *“La desesperanza es lo que mata, no la dificultad.”* Y, quizás por eso, cada mañana, cuando el maestro abre la puerta y escribe la primera palabra del día, sin aplausos ni discursos, la historia de la educación vuelve a comenzar.